

Operación amatista: tiempo de Amazonas, o los capitanes del mundo

Cuentos completos

MARVEL MORENO

Alfaguara, Bogotá, 2018, 405 pp.

DE MARVEL Moreno se conocen y repiten ciertos datos esenciales de su biografía: nacida en 1939 en Barranquilla (ciudad que aparecerá profusamente en toda su obra); expulsada de un colegio católico por defender las teorías de Darwin; coronada Reina del Carnaval mientras se relacionaba con los escritores y pintores del llamado Grupo de Barranquilla y otras figuras artísticas e intelectuales relevantes de la ciudad; publica su primer relato en 1969 y su primer libro de relatos en 1980, cuando ya se había trasladado a París y le habían diagnosticado el lupus del que acabaría falleciendo; éxito internacional de su novela *En diciembre llegaban las brisas* (1987), cuya traducción al italiano recibiría en 1989 el prestigioso Premio Grinzane Cavour; publica su segundo libro de relatos en 1992, y muere en 1995, en París, poco después de terminar su tercer libro de cuentos. También han trascendido ciertas polémicas póstumas, como el hecho de que su novela *El tiempo de las Amazonas* haya permanecido inédita durante décadas, aparentemente en contra de la voluntad de la autora; la protesta de colectivos feministas sobre la frivolidad del legado literario de Moreno... Y, finalmente, la noticia de la publicación inminente (en principio) de dicha novela, con la que se completaría para el gran público el corpus narrativo entero pergeñado por Moreno, del que sin duda estos *Cuentos completos* constituyen una pieza central.

El volumen incluye los libros *Oriane*, *tía Oriane* (originalmente titulado *Algo tan feo en la vida de una señora bien*), *El encuentro y otros relatos* y *Las fiebres del Miramar* (inédito hasta 2001), junto a tres fragmentos sueltos que lo completan. Los nueve relatos que configuran el primero de esos libros son sin duda los más poéticamente densos, ricos en sutilezas y reverbera-

ciones. El estilo parece ir poco a poco volviéndose más apresurado, directo, esencial, hasta el punto de que, a ratos, la escritura de algunos de los cuentos de su tercer y último libro parecería responder a la dedicatoria que encabeza el relato “Mujeres, ¿han dicho mujeres?”: “A falta de cartas, buenos son cuentos” (p. 369). Unas misivas al lector que parecen tener claro lo que quieren decirle y no se pierden en recovecos narrativos, pero constituyen un broche igualmente interesante para un sólido itinerario autoral.

No cabe duda de que el universo literario de Moreno está poblado por mujeres que deben resignarse a su condición de seres sin voluntad ni deseo —“¿de dónde habrían sacado el cuento de que el acto sexual debía ser para ellas fuente de placer?” (p. 145)— y a esa idea de felicidad enunciada esquemáticamente en la primera página de “El revólver”: niños, una casa bonita y un par de perros; asumiendo, en cambio, que necesariamente deberán soportar de por vida “ay, una sombra: su marido” (p. 363). Aunque ese soportar solo en ocasiones será resignado, con esa languidez que las críticas adversas achacan a todas las protagonistas de Moreno; en otras será inevitable, trágico, inesperado, y en otras estratégico, como el de Ana María en ese relato, a quien, ante las palizas del esposo, su madre conmina a divorciarse y ella decide plantar cara (“escogió el infierno”, “estaba en guerra”). Es cierto que el tedio, la rutina, la ausencia de sentido existencial, son a menudo un vector central, sobre todo en los relatos ambientados en la clase alta o las familias acomodadas: “[...] una se deja envolver por la rutina, se somete a un marido anulándose hasta perder cualquier asomo de personalidad, hasta desarticularse, extraviarse en el personaje que él le impone” (p. 99). Pero también a menudo hay lucha, enfrentamiento abierto o sorda resistencia a las constricciones y los estereotipos, las imposiciones y convenciones sociales, abanderados por personajes lúcidos que se dan cuenta de que, al fin y al cabo, “todas eran víctimas de la misma maquinación. Porque allí o en cualquier parte estarían en desventaja, mientras tuvieran que avergonzarse de algo que formaba parte de ellas, como la calidad del pelo o el color de la piel”

(p. 111). Algunas de esas mujeres son crueles y despiadadas con las demás; otras implacables u obstinadas en la defensa de sus ideales, como Isabel, en “Barlovento”, que “gracias a la religión aprendida en el colegio se había mantenido pura, rechazando las ideas perniciosas del feminismo y la liberación sexual”, resistiendo “a los asedios y tentaciones de una época desventurada” (p. 296). Muchas, las más, son víctimas de un sistema social opresor.

En cuanto a los personajes masculinos, es cierto que los más destacados, entre los que no responden al paradigma del hombre tradicional, violento y dominante, son artistas, como el pintor Tony, en “La noche feliz de Madame Yvonne” (“de una sensibilidad enfermiza”, “todo le parecía despiadado” p. 172), u homosexuales, como el peluquero Dany de “El revólver”, o ambas cosas, como Polidoro, también en “La noche feliz de Madame Yvonne” (“enano negro y por añadidura marica”), que se erige casi en ícono de lo que significa ser puesto al margen de una sociedad basada en la “satisfecha conspiración de machos” (p. 176), como la denomina el personaje de Catalina de Espinoza. Así lo resume Yvonne (pitonisa):

El marica, el judío, la mujer, el negro... la bruja. Todo lo diferente, lo que con su existencia negaba el mundo que para su propia desdicha los hombres se empeñaban en prolongar. Un mundo que les daba el poder y los hacía infelices, que a duras penas si los dejaba vivir. (p. 178)

Por ello, algunos académicos como Mercedes Ortega analizan la obra de Moreno a partir de los arquetipos del ángel, la bruja, la loca y la muñeca. Pero también hay otros personajes masculinos que no responden a ese patrón: padres afectuosos, amantes sinceros, o como Juan Miguel, en “La peregrina”, “aristócrata sin fortuna” al que “fascinaban las Amazonas”, las mujeres libres como Ana Victoria (a quien todos los demás consideran ninfómana y tachan de puta), y que acepta con gusto casarse con ella e iniciar una convivencia en la que “aprendieron a conocerse y respetarse, y con el tiempo se convirtieron en los mejores amigos del mundo” (p. 290).

A diferencia de lo que apunta Mar-

RESEÑAS		CUENTO
garita García Robayo en el texto de la contracubierta (y parecen compartir muchos de los comentarios a la obra de Moreno), no creo que signifique gran cosa decir que fue “rabiosamente femenina”, más que para referir que fue hija de un tiempo y un lugar, de unas estructuras sociales que, con sus constricciones y expectativas, sus cargas, corsés y desequilibrios, condicionaron su obra y también su existencia, igual que la de tantas otras mujeres. Sí creo, en cambio, que no es posible dejar de subrayar que su aproximación rabiosamente crítica a la realidad de su tiempo —a pesar de los privilegios económicos y de clase con los que nació— nos ha dejado un valioso testimonio sobre ciertas formas de injusticia, sobre ciertas violencias brutales o calladas que, lamentablemente, han sido y siguen siendo cuasi universales (con sus lógicas variantes históricas). También hay que poner de relieve que su mirada rabiosamente empática con sus personajes nos ofrece un rico mosaico (con sus discretos triunfos y sus estrepitosas miserias) de estrategias humanas para sobrevivir a la adversidad, o al menos para sobrellevarla sin renunciar completamente a la dignidad, o a la libertad. “Qué alegría, qué placer sentirse libre, disponer de sí misma a su antojo”, dice Laura de Urueta, en “Algo tan feo en la vida de una señora bien” (p. 99), mientras se finge enferma y se atiborra de somníferos por las noches para escapar de su madre y su marido. El estilo rabiosamente personal de Moreno nos deja en este volumen de cuentos un universo literario único, desgarrador y hermoso, que para muchos supondrá una nueva ocasión para volver a disfrutar del conjunto de su obra no novelesca tirando de los variados hilos que unen sus tres libros de relatos (Laura de Urueta, por ejemplo, reaparece en la <i>nouvelle</i> que cierra el libro, como lo hace en ese y en otros relatos el Country Club y su Patio Andaluz, y otros elementos geográficos como la avenida Olaya Herrera de Barranquilla o Puerto Colombia, y humanos como la vidente o la sirvienta como víctima propiciatoria, recurrentes a lo largo de sus textos). Para otros muchos lectores supondrá un descubrimiento brillante dentro del panorama de las letras en español de	las últimas décadas. Y en los cerebros de todos ellos probablemente resonará, aún hoy, el brindis por un futuro mejor que suponen estos cantos cargados de amargura: una apuesta, desde la literatura, por “otra visión [...], una relación diferente entre los hombres [...], un orden capaz de desarmar la agresividad, o quizás, o tal vez, de canalizarla hacia mejores fines”, una llamada al advenimiento del hombre que suplantará finalmente “a todos los capitanes del mundo” (pp. 178-179). Sergio Colina Martín	